

UN BIGOTITO

Autor: Lima

En un pueblo abandonado, sucedió que un día a doña Rosa, le empezaron a salir bigotes de su cabeza lo que encontró insólito a esa edad, pero pensó, que más me podría suceder, si me han pasado tantas cosas en esta vida inusitada de belleza, qué importa, si un bigote aquí, otro allá, bien se puede sacar.

Sus hijos no opinaban lo mismo, el mayor, estaba asustado, pensaba - la mamá está con bigotes en la cabeza, y parece tan contenta, mi papá la mira y dice que se está volviendo un poquito loca, pero que, en fin, igual la quiere, mal que mal, ha pasado cincuenta años con ella y lo ha hecho feliz, ha sido una buena compañera, bigote más, bigote menos, no se puede quejar.

Sin embargo, la anciana comenzó a preocuparse. Cuando iba a algunas reuniones sociales, tenía que ponerse algo para proteger en su cabeza, un sombrerito, que le había regalado años atrás su tía Juliana y la hacía verse muy graciosa. Era color rosado, como su nombre, y le gustaba mucho ponérselo, le daba un toque coqueto en su andar.

De modo que salió de su casa ese día con el sombrerito, y saludó a todo el pueblo, sin más aire que una princesa, que merecía ser vista en una calle de esas amarillentas de su ciudad, de gente buena y comprensiva como ella.

De repente se le acercó una vecina que le dijo:

Autor: Lima

- Buen día señora Rosa, que le pasó que lleva ese tocado en su cabecilla, pero con este calor.

A lo que ella contestó:

- Es que me ha aparecido algo extraño, que debo tapar por si algún niño sale corriendo y se asusta.
- Muéstremelo señora Rosa, si no es un problema para usted.
- Claro, ¿ve ese pequeño bigote negro que sale acá?
- Sí, es como dice. Algo raro ¿La puedo acompañar a la peluquería justo enfrente y pedimos se lo corten mejor?
- Buena idea, señora Brígida, así lo haré. Vamos.

Doña Rosa entonces se dirigió pronta al lugar que le habían indicado y se encontró con Susanita la peluquera que le dijo:

- Parece una cinta enroscada, la vamos a cortar enseguida, no se preocupe, así nadie podrá reírse de usted, de ahora en adelante.

El bigote desapareció en ese instante y la señora Rosa lo colocó en una cajita que tenía en su cartera para llevárselo a casa y guardarlo como recuerdo. A la mañana siguiente, sin embargo, volvió a aparecer otro bigote, pero esta vez en su mano. Ahí sí que fue a visitar al sabio del pueblo quien le recetó un pequeño brebaje casi inocuo que le daba el poder de sortear los malos espíritus en toda circunstancia.

Autor: Lima

Pero el mal no se iba, de modo que se dijo, bueno, soy una ancianita con cosas especiales, me pondré siempre un sombrero ojalá el rosado, con guantes, y visitaré más seguido a Susanita para que los corte. Tal vez, hay que aprender que las apariencias no son lo más importante, sino lo que está dentro del corazón, soy tan viejita y luego moriré, que importa, un bigotito más, uno menos, me acepto tal cual soy.

Años después recordaban en el pueblo con cariño a la señora Rosa, esa viejita a la le aparecían pelitos enroscados en el cuerpo, un día en la cabeza, otra en la mano, o en el pie, en fin, era un mal un poco divertido que le había acompañado hasta la muerte a aquella feliz anciana.

La viejita murió rodeada de su familia y fue tal el clamor que causó su pesar, que con el tiempo se hicieron ermitas en su nombre, donde se ofrecían mandas para curar toda suerte de males, y se dejaban peluches, en forma de bigotes sombreritos y bigotes de distintos colores los niños del pueblo que quisieran ser bendecidos.